

duría de la reina Pedauca, Tais, y ahora *La isla de los Pinguinos*. Ha escrito también muchas crónicas periodísticas, coleccionadas en cuatro volúmenes bajo el epígrafe general de *La vida literaria*.

Con la comprensión amplia que le caracteriza, Lemaitre ha analizado la formación del talento de Anatolio France. Ha empezado por señalarle su verdadera jerarquía, situándole entre los artistas que no existirían si no haber existido los genios, los «monstruos divinos», como, por ejemplo, Víctor Hugo ó Balzac. Después ha recontado los elementos constitutivos de ese talento; la infancia pasada entre libros, el estudio de las humanidades, la influencia de la enseñanza eclesiástica, la dura juventud de luchador, la escuela de estética del cenáculo parnasiano, el amor á la vida helénica, á la antigüedad penetrada de heroísmo y de hermosura. De tales componentes tiene que salir espíritu educado, ático, con más cultura y fineza que espontaneidad. Esa furia creadora, esa epilepsia de inspirado de Víctor Hugo, no caben en Anatolio France. Todo en él es consciente; todo reflexivo; todo repensado, así en la novela como en la poesía. En consecuencia, lo más delicioso de su obra tiene que ser la crítica. En la crítica, conviene esa leve malicia, esa indulgencia irónica, esa escéptica convicción de la nada de las cosas y la cambiante movilidad de lo humano. Excepto *Tais*, que me gusta infinito, aunque no tanto como *La tentación de San Antonio*, de Flaubert, que le ha servido de modelo, doy las restantes novelas de Anatolio France por sus amenísimos, impagables artículos de crítica.

No niego que, en sus novelas, la realidad se filtra al través de una capa muy rica de ciencia, literatura, filosofía y pensamiento. Pero no sé hasta qué punto esto es alabanza para el novelista. El cerebro mal lastrado de nociones de un Cervantes, el ingenio lego de algún novelista como Dickens, nada han perdido por no estar á la altura realmente distinguida de la erudición de un Silvestre Bonnard. Al novelista le hacen la invención y la observación directa, de lo real, una energía especial, creadora. Los muchos libros, que saturan una mentalidad poderosa, quizás la abrumen. Todo esto lo escribo en condicional; pues hay que temer afirmar de plano. Me adhiero, sin embargo, á la opinión de Lemaitre: las narraciones de Anatolio France son, ante todo, de un gran literato, de un mandarín excesivamente sabio y lleno de sutileza. Ahora bien; atribuid todas estas condiciones á un literato español, y no por eso adquirirá autoridad su opinión en asuntos interiores de Francia, á menos que los haya estudiado de un modo suficiente y demostrable.

De sobra sabemos cómo se nos estudia en la vecina República. Parece hasta cansado repetirlo, pero no cesará la protesta mientras no cese el abuso. Las costumbres de los fueguinos y de los indígenas de Australia han sido mucho mejor estudiadas por los viajeros franceses que las españolas. La razón de esta peregrina anomalía no la alcanzo. Los franceses son listos, son amigos de descubrir temas literarios, históricos y científicos que no estén bien esclarecidos aún, y se precian además de comprensivos. ¡El viaje á España es tan fácil, ahora que se acabó el período de los ladrones pintorescos! ¡Por qué siguen y seguirán (voy temiéndolo) en esa que Acebal llama con razón bárbara ignorancia de nuestras cosas, malas y buenas?

En estos momentos, razones ó, mejor dicho, móviles de interés azuzan á la prensa francesa contra nosotros. Nos están haciendo la campaña del descrédito y del *canard*. Pues bien: yo sostengo que hasta para calumniar hábilmente á las gentes, hay que conocerlas. Si no, las invenciones son tan gruesas, que no producen efecto.

Hay en Francia tendencia á la simpatía cosmopolita: para todas las naciones tiene Francia una sonrisa de fondista amable, que se despepita por agradar á la clientela: quizás la única excepción á esta regla del carácter nacional sea su modo de tratar á España, en el cual se une el desdén á la curiosidad mal sana y picaresca. O nos lanzan una ojeada por encima del hombro, ó se inclinan para ver la navaja que llevamos en la liga. A la cara jamás nos han mirado.

Cuando tenemos la osadía de querer elevarnos un poco; cuando en algo nos vale el propio esfuerzo ó nos sonríe la fortuna—por ejemplo, en las circunstancias presentes,—se despierta en nuestros vecinos una especie de *pelusa*; una indignación cómica porque no nos hemos convertido ya en conjunto de tribus, nuestras ciudades en aduares y nuestros ejércitos en harka.

¡Válanos Dios, y qué poca caridad!

Positivamente, y sin que sea arranque vengativo el recordarlo, Francia, desde mediados del siglo pasado, no puede preciarse de haber tenido encadenada á la victoria. Sus desventuras militares han sido

varias y continuas. A muchos de sus generales, por no declararlos ineptos, ha tenido que suponerlos vendidos. Del desastre terrible no se ha repuesto aún. Recientemente, en Casablanca, ha necesitado hacer relevos, por fracasos. Todo esto, que es motivo para compadecer, no para increpar, á una nación, debe influir en que esta nación mire cómo habla de las otras, por aquello que sabemos del tejado de vidrio. España no ha molestado en nada á la nación francesa, si no es molestia atenerse á lo tratado. Se infiere que, en lo tratado, había, por parte de nuestros vecinos, reservas mentales. Si sus cálculos han salido fallidos esta vez—¡alguna vez había de quebrar la mala suerte!—tengan paciencia, y enderécese esa bacia, como le dijeron los galeotes á don Quijote; es decir, arreglen lo mucho que en su política interior y en su ejército les conviene arreglar, so pena de disgustos mayores, en lo porvenir, de los que podemos darles nosotros, ¡pobrecitos de nosotros!

Para asegurar que á Francia no le falta qué trabajar dentro de su casa, no necesito sino releer la novela del antedicho Anatolio France *La isla de los Pinguinos*. Todo el libro es una aguda sátira contra Francia, su desenvolvimiento, sus tradiciones, su papel en el mundo; los pinguinos ó pájaros niños, palmípedos conocidos por su estupidez, simbolizan á los compatriotas del autor, y la historia de los pinguinos—él nos lo dice—es, como la de todos los pueblos, una serie de miserias, crímenes y locuras. Del cataclismo de 1793, France asegura despreciativamente que su primer acuerdo legislativo fué fundir la plata artística de las iglesias, y que burgueses y aldeanos encontraron buena la revolución para adquirir tierras á bajo precio, y mala para conservarlas. La cruz de la Legión de Honor, emblema de las glorias militares del Imperio, la coloca sobre el pecho velludo de un gorila. Y la profecía lisonjera del ironista respecto al porvenir de Francia, es que, después de haber saltado con dinamita París, su civilización desaparecerá por completo, la tierra misma será malsana y estéril, y después de haber nutrido á tantos millones de hombres, se quedará desierta. En las colinas donde se alzó París, pacerán los caballos salvajes; donde se irguió la Villa olvidada, los cazadores perseguirán al oso, hasta que, otra vez, la civilización renacerá, el Estado se formará de nuevo, y la gran ciudad resurgirá enriquecida y acrecentada: quince millones de hombres volverán á trabajar en su gigantesco recinto. Tal es el vaticinio hecho á Francia, y por extensión á la humanidad; y no cabe profecía más conservadora; todo lo que se destruya será reconstruido, y el círculo fatal de la historia recreará las sociedades tal cual se encuentran organizadas actualmente, porque si perecen sobrevendrá la vida salvaje.

Yo no extraño que así profetice Anatolio France, pues recuerdo su profesión de fe de patriota. Se encuentra en el tomo III de su «Vida literaria» y me parece curioso transcribirla. Dirigiéndose á Josefino Peladan, el célebre Sar y mago, France escribe: «Las sociedades humanas le inspiran (á Peladan) insuperable repugnancia. No concibe, por ejemplo, que nadie pueda tomarse interés por la seguridad y la gloria de la patria. Por muy mago que sea, permítame que esto lo deploro. El desdén de los cuidados que impone la misma naturaleza de las cosas, el desasimiento de las formas más augustas y más sencillas del deber, inficionan hoy en demasía á la literatura joven. Nuestros refinados encuentran un poco vulgar el patriotismo. En un alma refinada, esta religión de la patria se presta á toda delicadeza y hasta admite la elegancia del dandy. ¡Que prueben esos señores! Que se pongan á amar á su patria como conviene que se la ame, y bien pronto notarán que en este amor caben todas las finuras de la estética moderna. El Sr. Peladan nos habla con admiración de los viejos florentinos. Pues esos amaban á Florencia. Augusto Barbier ensalza á aquel pintor católico que se durmió en la muerte pensando en su ciudad. Los grandes italianos, poetas, pintores y filósofos, vivían y morían todos en este pensamiento. Una imagen de la vida italiana en la Edad Media es el buen San Francisco, bendiciendo, en su última hora, á su villa de Asís. Y sin embargo, eran hombres sutiles. No es digno del talento de Peladan creer que el patriotismo debe ser dejado al vulgo como un resto de barbarie.»

Muy bien dicho, y no añadiremos «chóquela usted» por no *chocar* al refinado ironista, que con la patria no es irónico... Si podemos atrevernos á emitir tal deseo, rogaríamos á Anatolio France que nos permitiese pensar en esto lo mismo que él; amar á la patria, á la ciudad, y no abandonar el amor de la patria como un residuo de edades bárbaras. ¿Nos lo consiente France á los españoles?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Anatolio France está siendo de actualidad en España, por motivos ajenos á la literatura; por haberse inmiscuído en asuntos de política interior española. Con tal ocasión se le ha discutido y, es de rigor desde que interviene la política, hubo apasionamiento de una y de otra parte. Para los unos, fué un genio. Para los otros, un mediocre. Para mí, siguió siendo lo que era: un notable escritor, de los mejores que hoy posee su patria, que ha perdido, en los últimos diez años, á los más ilustres.

No por ser buen literato se entiende de todo. Mi grande amigo Castelar, que además de profesarme verdadero cariño tenía de mí una opinión sumamente indulgente, solía decirme chanceándose: «Emilia, usted en literatura es un Metternich, y en política un bacalao.» Ignoro, á decir verdad, cómo pudo Castelar darse cuenta exacta de mis opiniones políticas, no muy acentuadas nunca; porque yo soy un espíritu crítico, y en muchas cuestiones suelo ver reunidos el pro y el contra. En suma, la frase, para mí sobrado halagüeña, del inolvidable Castelar, puede parecerme aplicable á muchos escritores y significa que nadie es en todo un águila.

En el mes de mayo, hallándome en París, manifesté deseos de conocer personalmente á Anatolio France, al cual, siendo presidente de la sección de Literatura del Ateneo de Madrid, había invitado, por conducto del embajador, á venir á darnos una conferencia. Todo esto es, en mí, indicio de verdadera estimación literaria. Mis principios son en este particular muy rigurosos, y si no admiro, no doy señales de admirar. No hay que falsificar cosas tan serias.

France no pudo venir al Ateneo, no recuerdo si por ausencia ó enfermedad, y yo no pude conocerle en París porque me dijeron que recibía una especie de corte, sin devolver jamás la visita, ni aun por tarjeta. Soy cortés y creo que todos deben serlo. Para enterarme de France me bastaban sus libros. Rodeado, según estaría, de mucha gente, yo no sacaría tampoco de su presencia una impresión educadora, de estudio psicológico. Me quedé, pues, sin saber cómo es la envoltura física de France, ni la de Lemaitre, otro autor favorito, que no se encontraba entonces en la capital.

Tiene hoy el autor de *La isla de los Pinguinos* setenta y cinco años, si no miente su biografía en Vapereau. Su vigor es sorprendente, atendido este dato. Antes de consultar el Diccionario, yo le creía más joven, ó si se ha de decir de un modo no tan político, menos viejo. Es la literatura profesión de longevos—léase la *Filosofía de la longevidad*, por Finot,—y de longevos verdaderos, pues la vida, sin las facultades intelectuales, no creo que nadie la apetezca. La campaña de France en la capital de la Argentina supone una resistencia envidiable en tal edad.

Desde 1876, época en que Anatolio France comenzó á escribir, ha producido bastante, especialmente novelas. Entre ellas se destacan *El crimen de Silvestre Bonnard*, *Jocasta*, *La azucena roja*, *La as-*

El que en el ca que quie nuevos c rioso y le tas, típica viva luz.

Un lib México-mada gra el tomo D. Jenar Documen instante González las que l tan á glo del croni La his trecruzad hay cosa la histori distancia no ya a Nuestra i tra raza a la literati el viajero

haciendo ma del e corre nu genie. T noticia d estaba p. Ni má interesan viejo y a.

Su au un notab: papelote: cierto m como cu epígrafe: nos de S te de 16 deben d riciencia s do, y enc la fecha rribada para dec heréticos bres, los y vocabu sen apro fabulosos samente al amaril

A con que fuer años que de caball tural de del Carp 1605, na días, po fin, en 1